

Sevilla, 16 de abril de 2026

FUNERAL DEL P. JOAQUÍN MORAN

Queridos hermanos religiosos camilos, sobrinos del p. Joaquín, amigos, miembros de la Familia Camiliana... queridos todos.

Mi saludo cariñoso de parte de la Provincia Española de Religiosos camilos, mi agradecimiento a los religiosos de la comunidad de Sevilla: p. Allan, p. Alphonse, h. Manuel, p. Pepe, p. Isaac... Mi agradecimiento sincero por la fraternidad construida con el p. Joaquín, cuya vida ha sido un regalo para nosotros, encarnado de una manera muy concreta en tantos años en Sevilla. Casualmente, yo he recibido la noticia de su fallecimiento mientras rezaba en el Cubiculum donde falleció San Camilo, en Roma.

Estamos celebrando el misterio Pascual, el contenido de nuestra esperanza, nuestra fe en la vida eterna, nuestra confianza en el Padre bueno. En este caso, estamos celebrando lo que a ojos cerrados (nunca mejor dicho por el problema visual del p. Joaquín), él creía. Creía y confiaba en Dios como ninguno de nosotros. Diríamos que se mantenía en una relación íntima y entrañable de la que hablaba con naturalidad. Como también hablaba con naturalidad de su camino hacia el Padre, de la muerte próxima, de la larga vida que estaba en sus manos y de su aceptación incondicional de la voluntad del Padre. ¡Qué admirable! Hablar con él (casi gritar) era escuchar sus palabras de esperanza que motivaban con una fuerza difícil de explicar con la mera razón.

“El que cree en el Hijo, posee la vida eterna” (Jn 3,31-36), dice el Evangelio de hoy. Así nos consuela el mismo Jesús. Así podemos mirar al p. Joaquín, poseyendo la vida eterna durante toda y larga vida terrena, que se aproximaba a los 100 años. ¡Qué bello era compartir con él la fe!

Su vida, desde mi punto de vista, ha sido admirable. Sí, admirable: entregado al ministerio camiliano en Valencia, en Madrid, en Sevilla, traducido en la visita al enfermo, la celebración de los sacramentos de sanación, el acompañamiento orante con y por los enfermos. Prestó un particular servicio en San Lázaro, un particular servicio en los ritos fúnebres en el Real Cementerio, que tanto consuelo traen a los dolientes si son celebrados

con ternura y genuina compasión. Como camilo, fue un sacerdote no despistado carismáticamente, sino bien centrado en el foco de nuestra atención: los enfermos y los que sufren.

Pero no se puede evitar un recuerdo y un agradecimiento particular por su amor a la Orden y su modo de vivir la cotidianidad de la vida fraterna. Con la humildad que le caracterizaba, se mostraba incondicional a eso que tanto ayuda la vida cristiana y fraterna: la oración en común, el comedor compartido, la sala de estar frecuentada, el furto del ministerio al servicio total de las necesidades de la Orden.

Ha sido sin duda entrañable beneficiarse de su particular modo de estar de los últimos decenios en comunidad. Cada día, a los comensales, nos actualizaba de la información que él obtenía por la escucha de la radio: la vida internacional, la vida nacional, la vida de la Iglesia universal, la diocesana... No pudiendo ya salir de casa para visitar a los enfermos, hacía muy amable el estar juntos. Era su aportación ministerial a los que sí lo continuamos haciendo, de una u otra manera. Pero la radio constituyó para él un modo de integración de su vida de fe. Se unía a la oración de Radio María, se mantenía al día en cultura religiosa y en sus particulares devociones.

Digámoslo con sencillez: acojamos el legado espiritual que nos deja, acojamos el desafío de llevar una vida que nos ha resultado ejemplar desde el punto de vista virtuoso y cristiano. Recordémosle con ternura, evoquémosle como referencia, agradezcamos a Dios la belleza humana que encarnó y demos gracias a Dios por su vocación a la vida religiosa camiliana. Dios lo tiene en la gloria: esta es nuestra fe. Porque Dios lo ha tenido en la gloria terrenal por su fe en Jesús.

Los restos de sus cenizas reposarán en el columbario del Centro San Camilo de Tres Cantos (Madrid), en el corazón de la cruz camiliana, junto a los símbolos del pan y vino, que nos evocan la vida en Cristo, la vida eterna, junto a la reliquia de San Camilo, en quien él se inspiró tanto para vivir la caridad misericordiosa al servicio de los enfermos y dolientes, y estará entre los pobres, de cuyas cenizas nadie se preocupa.

Descanse en paz. Amén, quien era, en estos momentos, el mayor en edad de la Orden de Religiosos Camilos en el mundo.

H. José Carlos Bermejo

Superior Provincial

